

# Necesidades colectivas y desarrollo urbano.

## La planificación urbana en la perspectiva morfológica de Maurice Halbwachs

Emilio MARTÍNEZ GUTIÉRREZ

Sociólogo. Profesor Titular de Sociología Urbana. Universidad de Alicante

**RESUMEN:** Los trabajos de morfología social de M. Halbwachs constituyen una de las primeras y más ricas contribuciones de la sociología al estudio de la ciudad, y por extensión, al debate urbanístico de principios del siglo XX. Su tesis principal es que la ciudad es ante todo un producto social. Este artículo propone una nueva lectura de sus propuestas sobre el desarrollo de las grandes ciudades y la planificación urbana, al tiempo que aborda la perspectiva teórica general desde la que el autor acomete el estudio del crecimiento urbano. Igualmente se propone comprender su obra con relación al contexto intelectual en que se desarrolló. La metodología aquí adoptada se ha servido de los escritos urbanos de Halbwachs, procediendo mediante el análisis y la crítica teóricos con el fin de organizar la estructura y progresión de las formulaciones del autor.

Descriptores: Sociología urbana. Halbwachs, Maurice. Planificación urbana.

### I. INTRODUCCIÓN

#### I.1. La ciudad de Halbwachs: entre la memoria y el olvido

Autor de algunos de los más originales y brillantes estudios sobre el tiempo social y la memoria colectiva, Maurice Halbwachs (Reims, 1877-Buchenwald, 1945) destacó también como un singular intérprete del crecimiento y las transformaciones sociomorfológicas experimentadas por las grandes ciudades de su época. Con toda seguridad, estamos ante uno de los pioneros de este campo, un pequeño lujo llegado desde la escuela durkheimiana al ámbito de los estudios urbanos. Pero como una ironía de la historia, mientras que la riqueza de sus trabajos sobre la memoria y el tiempo sociales ha sido amplia y justamente reconocida, en lo relativo a sus estudios de morfología social y urbana parece como si ese

mismo tiempo hubiese arrinconado su recuerdo y los velos de la indiferencia, del olvido y de la ignorancia hubieran cubierto sucesivamente obra y figura.

No obstante, de unos años a esta parte se observa, si bien no un movimiento de recuperación en sentido estricto, sí al menos el progresivo reconocimiento de un legado y un autor que no merecían ese abandono. Destacan en este sentido el Coloquio sobre Halbwachs celebrado en la Universidad de Estrasburgo en 1995, coronado con la inauguración de la *Biblioteca Maurice Halbwachs* en dicha universidad, y la recopilación de los estudios sobre el autor realizados a propósito de ese encuentro (DE MONTLIBERT, 1995). No menos significativa fue la edición del volumen con que inició su andadura la *Revue d'histoire des sciences humaines* en 1999: un monográfico dedicado a *Las ciencias humanas en tiempos de Halbwachs*.

Resulta especialmente notable el hecho de que en el libro y en la revista citados, que abordaban de un modo general la variada y amplia obra de Halbwachs, no se renunciara

al examen de la orientación sociomorfológica y urbana de nuestro autor (tal como muestran los trabajos firmados por S. Jonas, M. Jaisson y C. Topalov, entre otros). Sin duda esto puede ampliar y enriquecer una recepción crítica de la obra de Halbwachs, pues si es cierto que ha gravitado normalmente en torno a la sociología de la memoria, también la sociología urbana podría reclamar los derechos de su tradición.

Si reparamos en sus escritos<sup>1</sup> —desde aquellos que datan de su integración en el círculo de *L'Année sociologique* (hacia 1904) hasta su último trabajo, *La Memoria Colectiva* (1950, obra póstuma inacabada)— es fácil advertir que lo urbano ocupa efectivamente un lugar destacado en el programa de trabajo de Halbwachs: sea la ciudad como espacio material y simbólico, el crecimiento urbano en sus dimensiones y atributos morfológicos, sea el urbanismo como saber y *praxis* a los que contribuir desde la crítica sociológica y desde la militancia política. Su tesis doctoral de 1909, *Les expropriations et le prix des terrains à Paris (1860-1900)*, sus trabajos sobre la política de suelo y vivienda social publicados en los órganos del «socialismo normaliano» (*Les Cahiers du socialisme*, *La Revue Socialiste* y *l'Humanité*) y sus estudios sobre la estructura morfológica de las grandes ciudades (París, 1920; Chicago, 1932; Berlín, 1934) perfilan una larga trayectoria de estudios sobre la ciudad. Se trata además de una línea de trabajo precisa definida por los presupuestos teóricos de la morfología social, que en lo relativo al estudio de la ciudad presenta al menos dos dimensiones a destacar: una estrictamente sociológica, asociada al esfuerzo de construcción disciplinar del círculo durkheimiano, en la que es posible reconocer un valor pionero para la sociología urbana<sup>2</sup>; otra urbanística, ligada al debate sobre la planificación urbana y la formalización institucional del urbanismo en Francia en las primeras décadas del siglo XX. Considerando el debate en torno a la situación del urbanismo contemporáneo (DE TERÁN, 2003), esta

segunda dimensión invita a continuar la senda de discusión y construcción de un urbanismo que, como en sus inicios, se alimente de un rico debate y de un compromiso de reforma social asociado a una ética de servicio público.

El propósito del texto que sigue es precisamente mostrar la perspectiva de Halbwachs sobre el desarrollo de las grandes ciudades y subrayar el valor doblemente original de su reflexión para la sociología urbana: fundacional y específico. A partir de ahí, y en la medida en que del marco de interpretación que adopta —la morfología social— se desprenden observaciones de interés urbanístico, abordaremos su contribución al debate sobre la planificación urbana en el contexto en que las grandes ciudades se perfilaban como el *locus* de la civilización industrial, lugar que era preciso conocer y ordenar.

## 1.2. Halbwachs y los orígenes de la sociología urbana

Aunque formalmente el nacimiento institucional de la sociología urbana se ha fijado en los trabajos de la escuela de Chicago, es posible advertir en Europa propuestas analíticas anteriores o coetáneas, convergentes y divergentes, que perfilan de modo más plural los auténticos orígenes de la disciplina. Los estudios de Patrick Geddes (1854-1932) en Gran Bretaña y Maurice Halbwachs en Francia, junto a las elaboraciones de la sociología alemana entre 1880 y 1910, prueban la existencia de un impulso inicial que, pese a no tener prolongación, dio lugar a un cauce rico en perspectivas y categorías de análisis aún válidas.

En el caso de Halbwachs, hay que admitir que el esfuerzo de CHOMBART DE LAUWE (1952) por retomar su exploración morfológica para fundamentar una orientación típicamente europea de la

<sup>1</sup> La bibliografía completa se encuentra en la edición de Halbwachs (1976).

<sup>2</sup> Tras DE LAUWE (1952) el reconocimiento del valor pionero de Halbwachs para la sociología urbana es tardío. Aparece con fuerza en los trabajos de historia disciplinar de AMIOT (1986) y TOPALOV (2001) —quien ya había dedicado alguna de sus mejores páginas al examen de la concepción culturalista

de la renta del suelo presente en Halbwachs (TOPALOV, 1984). Las anotaciones de estos autores han sido de gran utilidad para elaborar este estudio. También las de FIJALKOV (2001) que ha subrayado el valor de actualidad de la propuesta halbwachsiana para el análisis del desarrollo urbano e inmobiliario. En España, los estudios de F. Roch sobre la situación inmobiliaria reservan un papel analítico estimable a la morfología social.

sociología urbana<sup>3</sup> apenas tuvo continuidad. Salvo notables excepciones, la lectura urbanística contenida en sus escritos permaneció descuidada, primero ante el dominio académico de la ecología humana, y después, a partir de 1970, ante el empuje de la nueva sociología urbana (Lefebvre, Castells, Lojkine, Harvey...). No obstante, en ambos paradigmas se aprecian ecos de las investigaciones de Halbwachs. Así, por un lado, en el estudio que prologa la traducción inglesa de la *Morfología Social* de Halbwachs, DUNCAN & al. (1960: 20-21) observaban una afinidad entre la ecología humana y la morfología social —si bien más temática que intelectual—; y en el estudio de Halbwachs sobre el crecimiento de París, identificarían además una anticipación de los modelos de crecimiento urbano que después harían célebres los ecólogos: el modelo de crecimiento zonal, el modelo sectorial y el de los núcleos múltiples. Por otro lado, debe tenerse en cuenta que buena parte de las investigaciones emprendidas por Halbwachs a principios del siglo XX abordaban temáticas (como la especulación del suelo, la expropiación o la política fundiaria, entre otras) que la sociología urbana de los años setenta inscribiría en su núcleo disciplinar. Al final, difícilmente podía la sociología urbana mantenerse al margen de una obra de semejante amplitud y profundidad. Los tópicos revisados, de hecho, sólo pueden ofrecer una idea aproximada de la amplitud de temas abordados en los trabajos de Halbwachs. Pocos son los registros de la realidad urbana que escapan a su escrutinio, aunque sea bajo la forma escueta de la recensión bibliográfica.

En gran medida, la amplitud del estudio halbwachiano sobre la ciudad fue posible por la perspectiva teórica adoptada: la morfología social, una perspectiva que proporcionó unidad y coherencia a todos esos registros bajo la formulación de una tesis genérica que tiene implicaciones en el debate urbanístico: la consideración de la ciudad como obra colectiva. No obstante, el discurso

morfológico está lejos de agotar la mirada de nuestro autor sobre la ciudad. Junto a este discurso *morfológico*, puramente analítico, hay también un discurso *normativo* o político que concibe el urbanismo como un instrumento principal de la política urbana.

Estos planos del pensamiento de Halbwachs sobre la ciudad ordenan su amplia contribución al movimiento de reflexión en torno al alcance, los objetivos y la pertinencia de la planificación urbana de principios del siglo XX. Dos planos que expresan la doble esperanza de su tiempo en la intervención urbanística: de un lado, la promesa de un urbanismo basado en la razón o la ciencia como expresión y garantía del progreso de la civilización, orientación ésta típicamente moderna que fue realizada desde una óptica crítica en el *plano morfológico* o más estrictamente sociológico de la obra de Halbwachs; de otro lado, la articulación de un urbanismo considerado como instrumento político para alcanzar una sociedad justa, desarrollado en el *plano normativo* de la obra de nuestro autor, ligado al movimiento de reforma social.

## 2. LA MORFOLOGÍA SOCIAL COMO MARCO GENERAL DE INVESTIGACIÓN

Buena parte de la reflexión urbanística emprendida desde las filas de la sociología de la época partía de una convicción bien presente en Halbwachs: el advenimiento de un nuevo tipo urbano, la gran ciudad, que se presentaba como un fenómeno de civilización. La extensión territorial, la complejidad social y funcional, el tamaño demográfico de estas entidades socioespaciales movilizan un esfuerzo en las ciencias sociales, paralelo al del urbanismo moderno, con el fin de caracterizarlas de la forma más certera posible y establecer los instrumentos adecuados para su ordenación. Los resultados de este movimiento de reflexión se encuentran ya en el plano conceptual, al que las ciencias sociales (y en especial la sociología alemana) contribuirían con ciertas innovaciones. Se acuña el término *gran*

<sup>3</sup> Para el estudio de la aglomeración parisina, Chombart de Lauwe se guía parcialmente por las categorías analíticas de la morfología social de M. Halbwachs, sin perder de vista la antropología de Marcel Mauss; a ellos dedica el trabajo («A la mémoire de Marcel Mauss, qui le premier m'a fait découvrir

*l'ethnologie et de Maurice Halbwachs, mort au camp de concentration de Buchenwald, dont les travaux de morphologie sociale ont été essentiels pour notre recherche*»), cfr. DE LAUWE & alii, (1952).

*ciudad* o *metrópoli* (JONAS, 1995), término con el que se pretende dar cuenta de un fenómeno impulsado y caracterizado por el desarrollo técnico, la economía monetaria, la diferenciación funcional, la concentración de población y actividades, la convención y el individualismo. En un sentido próximo, aunque otorgando al territorio un papel más acusado que en la perspectiva anterior, GEDDES (1915) propone el término «conurbación» para referirse a esas nuevas concentraciones de comunidades urbanas caracterizadas por su extensión y complejidad funcional. También, por supuesto, las grandes ciudades resultan privilegiadas en el pensamiento de Halbwachs, quien advierte en ellas un lugar donde «*la vida social se presenta bajo formas más complejas*» (HALBWACHS, [1938b]1976: 67)

Obviamente, los escritos halbwachsianos insisten en las distinciones típicas de las teorías de contraste (REISSMAN, 1972), teorías que, operando a partir de distintos indicadores (tales como el tamaño, la densidad, la cantidad y calidad de actividades, costumbres e instituciones, etc.) venían a caracterizar los diversos asentamientos humanos, dando lugar a dicotomías como la de campo-ciudad o el continuo rural-urbano. Se trata de una perspectiva que, en el caso de Halbwachs, era especialmente deudora del sistema sociológico durkheimiano: un entramado teórico marcadamente evolucionista que establecía el desarrollo de las formas de cohesión social, de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica, y en correspondencia, el tránsito histórico desde las sociedades simples a las complejas.

No obstante, lo significativo del análisis halbwachsiano es la afirmación de un nuevo tipo urbano culturalmente diferenciado: la gran ciudad, hecho determinante de los tiempos modernos que por «*las instituciones y costumbres nuevas que allí se elaboran ejerce una acción extremadamente poderosa sobre los otros asentamientos urbanos e incluso sobre la civilización rural*» (HALBWACHS, 1939: 23). Resultado y foco a la vez del progreso, máxima expresión de la concentración y de la división social del

trabajo, la metrópoli moderna impulsa el cambio social a un nuevo estadio de organización global: «*toda la civilización económica moderna —apunta— ha tomado la apariencia de una civilización de grandes ciudades*» (HALBWACHS, [1938b]1970: 79). Halbwachs asume radicalmente el hecho de esta realidad que emerge, concibiendo la metrópoli como un mecanismo funcional que cumple con los grandes cometidos sociales de regulación y control, de iniciativa e impulso del desarrollo de la sociedad en su conjunto.

En buena lógica, la valoración de la gran ciudad en Halbwachs se sitúa muy lejos de las críticas culturales que ven en la metrópoli una excrecencia patológica que ahoga el desarrollo moral del hombre o lo desvía hacia la indolencia, tal como sentenciaría SIMMEL (1903) al tratar los efectos de la metrópoli sobre la vida anímica de los urbanitas. Muy por el contrario, los durkheimianos consideraban la sociedad como fuente de toda moral, condición necesaria para el desarrollo del hombre: en ese sentido, la metrópoli se perfilaba en definitiva como producto específico y necesario en una sociedad compleja y evolucionada<sup>4</sup>.

Para proceder al estudio de la estructura y dinámica de la metrópoli, Halbwachs partió del marco teórico general de la morfología social, al que contribuyó así con un desarrollo inesperado. De hecho, fue él quien dio forma y consistencia real a esta rama de la sociología hasta entonces sólo esbozada en el programa de Durkheim. «*En la actualidad —escribía en «La ville capitaliste d'après Sombart»— se piensa que la forma de las agrupaciones humanas, su densidad, sus migraciones, su distribución y sus tipos residenciales conforman la materia de una ciencia especial denominada morfología social*» (HALBWACHS, 1905: 744) La Morfología Social debía estudiar, entre otros aspectos, las formas de articulación entre el territorio y la población, la relación entre el espacio y la sociedad. Resultaba así una rama próxima a la Geografía Humana, cuando no un área de conocimiento capaz de integrar esta disciplina redefiniéndola como una parte especial de la sociología.

Ahora bien, tal como las concibió Halbwachs, Morfología Social y Geografía

<sup>4</sup> Esto no excluye la existencia de comportamientos anómicos en el medio urbano. De hecho, en *Las causas del suicidio* (1930) —una revisión de *El Suicidio* de Durkheim—, Halbwachs considera que para explicar las mayores tasas de suicidio entre

los prusianos protestantes respecto a los prusianos católicos habría que considerar no sólo la religión sino también el medio en que habitan los colectivos (los primeros, en la ciudad; los segundos, en el medio rural).

Humana muestran sustanciales diferencias. Por un lado, la Morfología Social no sólo perfilaba un objeto de investigación, el definido por las formas materiales de la vida social, sino una estrategia de conocimiento para el estudio de la sociedad: comienza por el sustrato material para alcanzar después «*las regiones de la psicología colectiva*» que explican su formación. Por otro lado, la Morfología Social no concibe el espacio como un mero hecho geográfico o físico, sino como construcción social<sup>5</sup>. Así, tanto en la exposición de Durkheim como en la de Halbwachs, se insiste en que el modo en que se distribuye una población sobre el territorio (su aglomeración o dispersión) depende de su organización moral, jurídica y religiosa. De este modo, encontraríamos en la morfología social una primera conceptualización del *espacio social*, o si se prefiere, una primera formulación de las tesis de la producción social del espacio: la sociedad se inscribe en el mundo material, pero al tiempo da forma y significado a éste de acuerdo con una determinada organización moral, social, económica y jurídica. No obstante, Halbwachs admite que esa sociedad que crea el espacio puede recibir a su vez el influjo de lo creado. En ese sentido, si bien es cierto que son las tendencias de una sociedad a vivir en modelos concentrados o dispersos lo que explica su densidad, y no las meras condiciones del suelo, también lo es que «*la sociedad se inserta en el mundo material y el pensamiento del grupo encuentra en las representaciones procedentes de sus condiciones espaciales un principio de regularidad y de estabilidad, del mismo modo que el pensamiento individual precisa de la percepción del cuerpo y del espacio para mantener el equilibrio*» (HALBWACHS, [1938b] 1970: 12-13). Se elude así parcialmente el riesgo de sustituir el determinismo ambiental imperante en algunas escuelas de la época (especialmente visible en el programa de la Antropogeografía de Ratzel) por el determinismo social característico de la sociología durkheimiana<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> Una tesis que, como ha señalado H. Capel, la geografía humana aceptaría provechosamente. Sobre las relaciones entre estas disciplinas véase CAPEL, (1984: 42-48).

<sup>6</sup> La crítica de Lucien Febvre en *La terre et la évolution humaine* (1922) se dirige precisamente a restituir el posibilismo vidaliano (la libertad del hombre) frente al determinismo ambiental antropogeográfico y el holismo ontosocial de la propuesta durkheimiana.

En otro orden de cosas, puede establecerse que la asunción de una dialéctica sociedad-espacio desde la morfología social halbwachsiana —dialéctica que presenta el espacio simultáneamente como sustrato material y como obra del grupo—, permite discurrir por dos grandes ámbitos de estudio: (a) el del proceso social de construcción del espacio urbano, estudio que gravita en torno a la vinculación entre la morfología social y el urbanismo; y (b) la investigación del espacio como sustento de continuidad e identidad del grupo, como marco de la *memoria colectiva*.

El valor intelectual de esta doble *obertura* teórica no debe pasarse por alto. En el primer caso, el de la investigación sobre la producción social del espacio urbano, porque afirmar la dimensión colectiva de la ciudad, esto es, el hecho de que la ciudad sea una forma social (un producto de la organización colectiva, de las tendencias sociales o de las necesidades y representaciones colectivas entre otros factores de orden sociológico), tiene implicaciones necesarias sobre la comprensión de la planificación urbana. Así, como veremos, esta perspectiva condujo en Halbwachs al cuestionamiento de una planificación concebida como acción predeterminada y determinante a su vez de la forma, tamaño y significado de la ciudad. Si, en efecto, tiene lugar una producción social del espacio, la planificación urbana no puede ser ajena a ésta.

En el segundo caso, el de la consideración del espacio como sustento de continuidad e identidad del grupo, porque nos sitúa ante uno de los registros más sugerentes de las investigaciones de Halbwachs sobre el espacio urbano<sup>7</sup> que sí han merecido atención con posterioridad. La vinculación analítica operada por Halbwachs entre el tiempo social, la memoria y la formación e interpretación del espacio simbólico y material de la ciudad le lleva a plantear la ciudad como un lugar privilegiado de la *memoria del grupo*. Es curioso que la mayor parte de quienes sólo han visto en Halbwachs a un teórico del tiempo parezcan ignorar que

<sup>7</sup> Hemos centrado los vectores en la obra «urbana» de Halbwachs, allí donde las referencias al espacio o a la ciudad aparecen explícitamente. Pero sería posible avanzar sobre otros aspectos de su investigación, como sus estudios sobre las necesidades y estilos de vida, con repercusiones obvias sobre la definición y planificación de los espacios colectivos de la ciudad (los equipamientos urbanos). Véase LEAL & al. (1988).

la evolución de la noción temporal en su pensamiento corre paralela a la conceptualización del espacio *social* llevada a cabo en la morfología, de la que se nutre. Esto es algo que, como han apuntado los estudios de NÄMER (1997), JONAS (1997) y JAISSON (1999), permite establecer el carácter unitario del trabajo del autor. El valor de esta línea de trabajo se expresa en el hecho de que haya alimentado parcialmente la investigación sobre las «temporalidades urbanas»<sup>8</sup> y, muy en especial, a ciertas orientaciones del pensamiento urbanístico contemporáneo críticas con el rechazo del pasado tan característico del Movimiento Moderno. Frente a éste, en efecto, se ha venido articulando desde los años setenta del pasado siglo un discurso donde la ciudad se antoja una obra en el tiempo, depósito de historia y memoria, vinculando teóricamente la configuración del espacio urbano a las nociones de *duración* y *memoria colectiva* de Bergson y Halbwachs, respectivamente. Esta sensibilidad se percibe en ciertos estudios emprendidos por la arquitectura: en la teoría de la ciudad propuesta por ROSSI (1971); más recientemente en BOYER (1994), que retomaba esta dirección en *La ciudad de la memoria colectiva*; y en GRAVAGNUOLO (1998), que ha estimado en la recuperación de esa memoria colectiva la base desde la cual reconstruir el «proyecto urbano» de la ciudad europea.

Ciertamente ésta es una línea de interpretación atractiva que permite considerar la ciudad desde una perspectiva social más rica. Pero conviene ciertas cautelas ante la posible instrumentación de esta lectura. En ese sentido, el discurso de «la ciudad como memoria» no puede dejar de afrontar críticamente y mucho menos legitimar algunas de las ambiguas actuaciones que se han venido realizando sobre el patrimonio urbano en los últimos tiempos. Algunas de estas intervenciones se han caracterizado por el uso y abuso de «memorias colectivas» construidas a propósito de supuestas identidades unitarias condensadas en las «piedras de la ciudad».

<sup>8</sup> Entre otras, las observaciones de LEPETIT & al. (1993), y con variaciones muy sugerentes y personales la encontramos en la hermenéutica de RICOEUR (1998) y en AUGÉ (1998), todas ellas en torno a la inscripción del tiempo en el espacio urbano (un espacio que contiene al tiempo).

<sup>9</sup> La tesis tiene dos partes: la primera consagrada a la morfología social y la segunda a la sociología económica. Esta

Así, muchas veces estamos ante una memoria selectiva que fomenta la conservación de ciertos lugares —con los valores y jerarquías sociales que expresan— y niega el rastro de otros; y otras veces se advierte la inducción de una memoria discutible, «recuperada» para el buen consumo de los turistas, lo que arquitectónicamente desemboca en un artificio escenográfico más propio de un parque temático que de un lugar socialmente codificado.

### 3. LA CIUDAD COMO FORMA SOCIAL. PERSPECTIVA SOBRE EL CRECIMIENTO URBANO

Una vez presentados el marco general y los vectores que se desprenden de las investigaciones de Halbwachs sobre el espacio urbano, pasaremos a centrarnos en su perspectiva sobre el crecimiento urbano.

*Les expropriations et le prix des terrains à Paris (1860-1900)*, tesis doctoral defendida en 1909 en la facultad de Derecho, contiene el núcleo principal, básico y originario de la morfología urbana de Halbwachs<sup>9</sup>. Su objetivo fundamental es ofrecer una explicación sobre los cambios de la estructura morfológica de las grandes ciudades (las transformaciones del viario, la evolución de las expropiaciones) a tenor de los movimientos demográficos. Pero su estudio rebasaría ampliamente estos propósitos iniciales pues: (a) elaboró también un estudio de los efectos sobre el mercado del suelo de ese conjunto de transformaciones; y (b) del enfoque que adoptó derivarían interesantes consideraciones sobre la planificación urbana.

En cualquier caso, la obra no se plegaba inocentemente a su programa de trabajo: respondía también al interés de la escuela de *L'Année* por construir el ámbito disciplinar de la Sociología, en ese momento una ciencia reciente con escasa presencia en la academia, pero que todos se disputan. De ahí que TOPALOV (1997) haya estimado que el estudio halbwachsiano de la expropiación y del

segunda parte constituye uno de los primeros trabajos empíricos en esta materia pese a lo cual ni siquiera es incluido en la *Histoire de la sociologie économique* de SWEDBERG (1994) (cfr. PFEFFERKON, 1997). En cuanto a la primera parte, es objeto de una segunda edición ampliada y revisada en 1928 con el título de *La population et le tracé des voies à Paris depuis un siècle*. Citamos las referencias morfológicas por esta segunda edición revisada.

mercado del suelo viniera a ser un *experimentum crucis*, caso paradójico por el cual, adentrándose en el dominio de la Economía y de la Historia, la Sociología trataba de mostrar sus virtudes analíticas e interpretativas.

### 3.1. Crecimiento urbano, expropiaciones y valor del suelo: una interpretación desde la sociología económica

No está de más recordar que la tesis doctoral se abría del siguiente modo: «*Nuestro propósito es estudiar aquí, desde el punto de vista económico, los fenómenos de expropiación en una gran ciudad*». No obstante, el cierre economicista del análisis, apuntado por el propio Halbwachs al inicio de la obra, era únicamente aparente pues, como durkheimiano, nuestro autor sostenía que los hechos económicos también eran «*hechos de creencias, hechos de opinión*». En esta línea, el círculo de *l'Année*, en especial F. Simiand y Halbwachs, había emprendido la crítica de una economía abstracta que deducía sus leyes generales a partir de postulados psicológicos: ni la abstracción lógica de Marshall, ni los modelos matemáticos de Walras o Pareto, podían dar cuenta de una realidad filtrada *a priori*. La economía sólo podría legitimar sus pretensiones explicativas a condición de apoyarse en *recherches d'expérience*. Claro que, a partir de ahí, difícilmente podrían dejarse de lado los factores sociales que actúan en la conformación de los hechos económicos. En definitiva, la intención no declarada de Halbwachs representa algo más que un guiño a la escuela económica reformista de Charles Gide; es todo un empeño de redefinir el objeto y el método de la perspectiva económica, muy útil para las pretensiones de los durkheimianos.

Una de las grandes aportaciones de Halbwachs en este trabajo derivó de su interpretación general del mercado del suelo a la luz de las necesidades y representaciones colectivas, estudio éste que debía superar el ofuscamiento teórico de los análisis económicos de la época.

Las expropiaciones llevadas a cabo entre 1860-1900 con motivo de las transformaciones de París, habían afectado poderosamente al precio del suelo en distintos sectores de la ciudad. Sin embargo, los análisis económicos practicados tendían a ignorar el valor y la influencia de este factor: las expropiaciones se concebían como hechos anormales, exteriores al universo de los fenómenos que estudiaba la economía. En general, a los economistas no les importaba la causa de la abundancia o escasez de suelo, les era indiferente que el suelo procediera de una venta particular o de una expropiación pública. En todo caso, la economía consideraba que la perturbación que pudiera introducir la expropiación era lo suficientemente ligera como para no apreciarla, bien porque se ejercía en un grado reducido, bien porque se distribuía de forma homogénea por la ciudad. Si acaso, de tenerla en consideración, se limitaría a corregir ciertas irregularidades del movimiento de la construcción. Así, la expropiación era excluida de los modelos económicos, y sus efectos sobre los precios y la estructura morfológica de la ciudad (sectores de crecimiento urbano, distribución de la población, etc.), inexplorados.

Halbwachs, sin embargo, examinó tanto el movimiento de los precios del suelo, como el volumen y la evolución de las expropiaciones, advirtiendo que durante el periodo considerado existían: (1º) abundantes expropiaciones; (2º) que no se distribuían homogéneamente; y (3º) que, pese a incrementar la cantidad de suelo disponible, no daban lugar a un descenso en el precio de éste. Los hechos invalidaban la perspectiva económica liberal, especialmente el modelo explicativo oferta-demanda<sup>10</sup>. Pero ¿qué explicaba entonces las variaciones en el precio del suelo? No podía ser el estado de la construcción, pues el universo delimitado por Halbwachs para su estudio se centraba en las expropiaciones llevadas a cabo sobre suelos no construidos o sobre construcciones a demoler. Tampoco las oscilaciones en el precio de la construcción podían considerarse en este sentido, pues Halbwachs separaba el precio del suelo del precio de la vivienda,

<sup>10</sup> Modelo al que Halbwachs atribuía un carácter tautológico: «Es natural que haya una correspondencia continuada entre los precios y la relación entre la oferta y la demanda pues se trata de dos expresiones de un mismo fenómeno (...); pero ¿qué nos

enseña eso sobre las causas reales del fenómeno y sus variaciones» (HALBWACHS, 1909: 301-2). TOPALOV (1984: 5-10) profundiza en este análisis.

dependiente en parte de unos costes de construcción bastante estables durante el periodo considerado. Ni tan siquiera la coyuntura económica podía ofrecer una explicación convincente: el estudio comparativo que Halbwachs realizó entre los precios medios del suelo por sectores y el precio medio de 43 mercancías al por mayor (según el índice general de precios de la Statistique Générale de Francia) había puesto de manifiesto que aunque los precios del suelo expresaban de ordinario la evolución económica general, mostraban al mismo tiempo una trayectoria singular, especialmente cuando se trataba de un movimiento alcista, adelantándose en el tiempo y de forma intensa al incremento del precio en el resto de mercancías.

Halbwachs ofrece entonces una explicación que pone en relación la evolución de los precios del suelo con las expropiaciones, y éstas a su vez con los movimientos de población —considerados como la manifestación visible de las necesidades sociales—. De este modo, bosqueja una concepción funcionalista del crecimiento urbano: las expropiaciones se perfilan como respuesta a las intensas necesidades colectivas de circulación y de residencia.

De este modo, superando el asociologicismo de los análisis económicos de la época, Halbwachs interpreta el mercado del suelo a la luz de las necesidades colectivas, pero no menos considerando las *representaciones sociales*. Las variaciones en el precio del suelo obedecían también al factor *situación*, y no en el mero espacio geográfico, sino más bien en el espacio social y simbólico de la ciudad. El diverso emplazamiento de los solares (por calles, barrios, sectores) se traduce en estimaciones diferentes sobre el entorno y sus contenidos, y las distintas expectativas (de desarrollo, clase, etc.) de compradores y vendedores dan como resultado distintos precios del suelo. Halbwachs sugiere que el terreno es esencialmente un *valor de opinión*: no remite a un bien que incorpora trabajo y esfuerzo o que tiene una utilidad, sino a la posesión de un título (semejante a los bursátiles) cuyo valor varía con el crecimiento urbano y las perspectivas de futuro (HALBWACHS, 1909: 241)

«A medida que se construyen nuevas casas y barrios, cada parcela que queda adquiere un valor creciente. Los espacios sobre los que se erigen las casas representan año tras año más riqueza. Los propietarios de las viejas casas, en los barrios más o menos céntricos, advierten cómo sus bienes se acrecientan cada año sin gastos ni trabajo por su parte, por el mero hecho del crecimiento de la ciudad y de su incremento demográfico» (HALBWACHS, [1908] 1976: 177)

Naturalmente, las obras públicas emprendidas (ampliación de las vías, estaciones, etc.) reforzaban un proceso de valorización diferencial al concentrarse en determinados lugares e introducir un *plus* social en su entorno inmediato. El comportamiento de los especuladores no dejaba margen para la duda: unos barrios eran objeto de la acción especulativa mientras otros —que no prometían una ganancia futura— quedaban fuera de ese movimiento. Esto no era ajeno al hecho de una valoración muy desigual del espacio residencial (como soporte material y bien simbólico) entre los distintos grupos sociales, o dicho de otro modo, a una representación muy desigual de las necesidades sociales. Los barrios obreros y su población quedaban al margen de ese movimiento, en parte por su escaso interés monetario, en parte por la debilidad con que esas demandas se expresaban entre la clase obrera. Así, en *La classe ouvrière et les niveaux de vie* (1913) y después en *Analyse des mobiles dominants qui orientent l'activité des individus dans la vie sociale* (1938), Halbwachs observó el poco gasto destinado al alojamiento entre los obreros de la gran industria, la escasa necesidad que «sentían» de mejorar su condición residencial (en tamaño y comodidades)

«Existe una unidad de mercados para los alimentos, y dentro de ciertos límites, para el vestido. Pero no sucede lo mismo para las habitaciones. Existe un mercado de habitaciones ricas o que corresponden a una categoría social elevada, y otro mercado de alojamientos para la clase obrera. (...) [A los obreros] les es más difícil establecer una comparación entre esos pisos y sus alojamientos (...). Por otra parte, no existe una gran diferencia, desde el punto de vista de la apariencia exterior y lujo relativo, entre los talleres donde trabajan los obreros y los alojamientos en que acostumbran a vivir.» (HALBWACHS, [1938a]1950: 150-151)

En opinión de Halbwachs, el especulador era capaz de leer estas necesidades y representaciones sociales, mucho antes y de un modo más eficaz que la propia administración. No obstante, en ningún caso el especulador creaba esas condiciones. Era la propia evolución de las necesidades y gustos de la población lo que exigía la aparición de la figura del especulador, como si se tratara de una fuerza natural más: la necesidad creaba el órgano. Se cerraba así una interpretación típicamente funcionalista que no se detiene a valorar moralmente la conducta de ese agente económico<sup>11</sup>.

### 3.2. La polémica con la historia urbana

Tras considerar la ausencia de las expropiaciones y de las transformaciones urbanas asociadas a ellas en la perspectiva de la economía abstracta, Halbwachs reparó en su realidad de facto, y de este modo en su potencial prestancia al estudio histórico. No obstante, nuestro autor estuvo muy lejos de celebrar dicho estudio y más bien mostró una disparidad teórica e incluso epistemológica respecto a la Historia que bien nos remite nuevamente a la cruzada disciplinar emprendida por la escuela durkheimiana en su defensa de la Sociología.

La distancia epistemológica del autor respecto a la Historia<sup>12</sup> se percibe ya en las primeras páginas de su tesis doctoral, donde se anunciaba *el estudio científico de un problema de morfología urbana*<sup>13</sup>, algo que Halbwachs distinguía explícitamente de la mera Historia, lo que suponía la exclusión de la vieja disciplina del ámbito de las Ciencias Positivas.

Las reservas teóricas respecto a la perspectiva histórica se expresaron en la revisión y crítica por parte de nuestro autor de lo que SIMIAND (1903) había llamado los *ídola tribu* de los historiadores. En particular, Halbwachs insistió en el *ídolo*

*individual* y el *ídolo político* de las interpretaciones históricas. Pero su crítica adopta la forma de mera conjetura sobre los artificios teóricos que los historiadores podrían introducir en el examen de la ciudad, sin basarse en un análisis minucioso de las investigaciones históricas que le pudieran orientar realmente en este sentido. Veamos en qué consiste la argumentación de Halbwachs.

(a) El *ídolo individual* —llamado así por el acusado interés de los historiadores en presentar los hechos como resultado de la voluntad de sujetos definidos, en hacer de la ciencia de las instituciones la historia de los grandes hombres— se expresaba a juicio de Halbwachs en el protagonismo atribuido a los individuos *en cuanto tales* en el devenir de la ciudad.

«Si una calle lleva el nombre de Rambuteau, una avenida el de Pereire y un bulevar se llama Haussmann, pensamos que no es debido al azar (...) sino al hecho de que esas vías fueron creaciones de tales individuos. Estos títulos son marca de origen» (HALBWACHS, 1928: 4)

Una interpretación que condicionaría el método de investigación:

«Así, la explicación definitiva de las operaciones de viario se hallaría en las cartas, documentos privados y memorias inéditas (...) y el mejor método consistiría en buscar en los archivos». (HALBWACHS, 1928: 4)

Según esta interpretación de los hechos —sospecha Halbwachs— el individuo deja su impronta en el mapa de la ciudad. El plano urbano, lejos de interpretarse como la expresión espacial de una sociedad en el tiempo, se concibe como la condensación de voluntades individuales. Y no de cualquier voluntad. El *ídolo individual* insiste más bien en el arbitrio de los dirigentes, de los administradores, de un sujeto dibujado por

<sup>11</sup> Todo lo contrario manifiesta Halbwachs en «La politique foncière des municipalités» (*Les Cahiers du socialisme*, 1908) donde su visión sobre el agente especulador abandona la funcionalidad positiva de su papel y pasa a enjuiciarse como una actividad perjudicial para el conjunto de la ciudad. Pero, puesto que reconoce lo inevitable de la formación de las rentas del suelo por el desarrollo urbano, el autor propone que sea la Ciudad quien controle las plusvalías del suelo (socializado) (HALBWACHS, 1908).

<sup>12</sup> Como sucede en la crítica a la economía y la geografía, los durkheimianos toman la parte por el todo en su ataque a la

perspectiva histórica. En realidad la crítica de Simiand y de Halbwachs se dirige a la lectura histórica (política) de Lavisse y Seignobos, cuyo planteamiento también es objeto de revisión en ese momento por las corrientes historiográficas que surgen (muy pronto, la *escuela de los Annales*, de Febvre y Bloch en Estrasburgo). Es posible hallar los fundamentos de esta renovación crítica de la historia en la tradición volterriana.

<sup>13</sup> Para el autor los trazados de las vías y el crecimiento de la ciudad constituyen una realidad de tipo morfológico en la medida en que «modifican la estructura de la ciudad, la distribución y la densidad de sus habitantes» (HALBWACHS, 1909b: 770)

encima de las necesidades colectivas. Halbwachs subraya sus temores a que la Historia se desviara por la senda de este ídolo ¿Cómo no habrá de actuar este ídolo —viene a decirnos— en el estudio histórico de un periodo (1831-1871) en el que la Asamblea de París no representaba la voluntad popular? Tal circunstancia habría de favorecer una lectura de la ciudad en la que las transformaciones de ésta se antojaran la consecuencia directa de la voluntad del gobernante, de sus motivos e intenciones, fuerza suficiente y necesaria del devenir histórico urbano.

Para Halbwachs, este tipo de explicación sólo podía resultar de la imposibilidad de explicar los hechos de otro modo, también de la inmediatez con que se localiza en el espacio y el tiempo el binomio personaje-voluntad individual, llevando a los historiadores a obviar en la explicación de las transformaciones urbanas, la existencia de un mandato del medio social que el administrador se limitaría a ejecutar.

(b) El segundo ídolo a derribar es el *político*, la lectura de los hechos políticos como hechos determinantes. En este caso —continúa conjeturando Halbwachs— el argumento del historiador situaría el origen de las transformaciones de París bajo Luis Napoleón en el deseo de asegurar el orden político. El análisis dejaría al margen los requerimientos de organización y adaptación del complejo urbano a la nueva dinámica industrial, comercial y social de la ciudad bajo la industrialización capitalista. De un lado estaría el partido del orden; de otro, el de la revolución. ¿Y la ciudad? Para el historiador, apunta Halbwachs, dejando el genio individual al margen, la ordenación de la ciudad no tendría otras causas que la represión (la estrategia militar) y la paz social (el trabajo para el proletariado).

Los límites de esta interpretación se le antojan obvios. ¿Por qué razón muchos barrios del centro quedaron entonces al margen de estas transformaciones? A partir del estudio demográfico de los barrios de París, Halbwachs sostendrá que no son las razones estratégicas invocadas las que explican que no se trazaran nuevas vías en dichos barrios. La estabilidad y solidez de esos lugares responde más bien a que no fueron atravesadas por las corrientes de la población.

De este modo, aunque nada autoriza a despreciar la influencia de los hechos políticos en la evolución de la ciudad (pues algunas perturbaciones, como la guerra o la revolución, detienen efectivamente los movimientos migratorios o la marcha de los negocios), estos no actúan tampoco en calidad de acontecimientos políticos puros, sino en virtud de los aspectos económicos que presentan en sí mismos. En este sentido, apunta el autor: «*en casi todas las ocasiones en que se invocan razones políticas es posible advertir otras explicaciones posibles que ponen en relación los hechos económicos con los hechos económicos*» (HALBWACHS, 1928: 14) En definitiva, la historia urbana no puede reducirse a la historia política.

La crítica halbwachsiana a los deslices de una hipotética historia urbana, sirvió al autor para defender una lectura sociológica de la ciudad bien característica. Su hipótesis fundamental se amparaba en los postulados defendidos por el organicismo durkheimiano. En ese sentido, las auténticas causas de las transformaciones urbanas de París radican para Halbwachs en las *necesidades colectivas*, que remite a los fenómenos de circulación y crecimiento demográficos de la ciudad en su conjunto. Es preciso insistir en la determinación teórica de esta tesis, en su compleja significación. Las *necesidades colectivas* remiten a un sujeto colectivo, o con mayor rigor, a los requerimientos funcionales del organismo social. En ningún caso nombran las específicas y conscientes necesidades de los distintos grupos sociales que forman parte de la ciudad, de cuya existencia Halbwachs no duda; ni tampoco aluden a las vagas «necesidades sociales» invocadas por el administrador de la ciudad como pretexto para realizar operaciones concretas en la estructura urbana. Y no cabe duda de que estos factores, al igual que los barajados por los historiadores, tienen la capacidad de explicar capítulos concretos de la historia de la ciudad, pero no poseen el enorme ascendente sobre la evolución urbana mostrado por los requerimientos funcionales de la población.

Por otra parte, era ésta una tesis central que permitía a Halbwachs mayor margen de maniobra en el plano metodológico. En efecto, la dificultad de acceder al conocimiento de los requerimientos específicos de cada grupo social presente en

la ciudad era obvia, mientras que Halbwachs podía tomar la ciudad y su población como unidad analítica global, y a través de cálculos estadísticos, deducir o remitir las necesidades colectivas al crecimiento demográfico y a los movimientos de la población. Con tal fin, Halbwachs procedió construyendo series estadísticas sobre la evolución demográfica de los distritos y barrios de París cada cinco años desde 1861. De acuerdo con el método de las variaciones concomitantes, estas series fueron relacionadas después con los datos de las expropiaciones, de la evolución de la construcción y de las transformaciones del viario (barrio por barrio, calle por calle). Apoyada en estos datos, la concepción funcionalista de Halbwachs interpretaría que las aberturas en el caserío, las reparcelaciones del terreno, la extensión, el sentido y la configuración del viario respondían, en definitiva, a las funciones sociales que debían cumplir en la nueva realidad socioeconómica de la ciudad entendida como un todo: satisfacer la imperante necesidad de circulación (local y general), la articulación y el acomodo de una población acrecentada, móvil y desigualmente repartida. Así, Halbwachs observa que entre 1836-1900 la población de los barrios del centro decrece y, paralelamente, destacan corrientes progresivas de crecimiento orientadas hacia la periferia o hacia el sur del Sena, en uno u otro sentido<sup>14</sup>. No es necesario, pues, buscar en motivaciones oscuras o en las intenciones de los individuos la explicación de las operaciones de viario (de circulación y de residencia). El bulevar de Strasbourg (1853-1860) se explicaba mejor por el importante crecimiento demográfico de los barrios circundantes (entre 1851-1856) y por la construcción de la estación del Este que por las razones estratégicas aducidas; del mismo modo, el crecimiento de la población en los sectores del Luxemburgo y el Observatorio explicarían la realización del bulevar St. Michel; y la construcción de puentes a partir del Pont-Neuf tendría su justificación

en hechos del mismo orden. La investigación de Halbwachs viene así a legitimar la introducción de la sociología en la explicación del hecho urbano, entendido siempre como un hecho social.

De este modo, lo que comienza siendo una crítica estratégica a la economía abstracta y a la historiografía de su tiempo, termina perfilándose como una progresión intelectual con implicaciones significativas en lo que a la interpretación de la planificación urbana se refiere. Si, en efecto, la ciudad «*contiene en sí misma las leyes de su desarrollo*» (HALBWACHS, 1909: 17), los esfuerzos para limitar o reconducir el crecimiento urbano habrá que situarlos en el medio social (en sentido amplio) en que se presentaban. No situamos así ante un mandato del medio social al que, consciente o inconscientemente, el planificador obedecería.

#### 4. EL DESARROLLO DEL URBANISMO MODERNO

Este discurso vuelve a aparecer en posteriores estudios del autor sobre la estructura morfológica de Chicago (*Chicago, expérience ethnique*, 1932) y Berlín (*Gross-Berlin*, 1934). Pero desde el punto de vista de la planificación urbana se articula con precisión en *Les plans d'extension de Paris avant le siècle XIX* (*La vie urbaine*, 1920)

Partiendo de los presupuestos morfológicos que hemos visto, y tomando como referencia los informes realizados por la *Commission d'extension de Paris* (el *Aperçu Historique* y las *Considérations techniques préliminaires*, 1913)<sup>15</sup>, Halbwachs lleva a cabo en esta investigación un examen minucioso de los sucesivos intentos de controlar el crecimiento urbano de París a lo largo de la historia. Aun cuando el contenido de su tesis es sin duda polémico (la ordenación urbana como un mecanismo accionado por fuerzas sociales a las que el planificador se plegaría), pretende con ella contribuir desde la sociología a un

<sup>14</sup> En «Chicago, expérience ethnique» (1932) así como en «Gross-Berlin» (1934) Halbwachs observa también esa tendencia a la disminución de los contingentes poblacionales en las áreas centrales, su desplazamiento progresivo hacia la periferia y la paulatina terciarización del centro.

<sup>15</sup> El Comité del ensanche de la ciudad fue creado en 1911 a instancia de la Prefectura del Sena. Su cometido consistía en elaborar una serie de informes sobre la evolución urbana de París, que fueron dirigidos por Marcel Poëte (Historiador de la *Bibliothèque de la Ville*) y Louis Bonnier (Inspector general de los Servicios Técnicos de Arquitectura y Estética del Departamento del Sena).

conocimiento más amplio de la configuración de la estructura urbana y participar en el proyecto de formalización institucional del urbanismo en ese momento. Y es éste, de hecho, el contexto que debemos considerar para apreciar con justicia la reflexión crítica de nuestro autor.

#### 4.1. Urbanismo y reforma social

No era el «urbanístico» un contexto extraño para Halbwachs. Desde su ingreso en la Escuela Normal, donde comienza su militancia en el socialismo al abrigo de Albert Thomas y François Simiand, Halbwachs forma parte del grupo de estudiantes normalianos dedicados a la asistencia social de familias necesitadas, lo que les permite conocer de primera mano la situación de los barrios populares de París. Poco después, junto a Thomas, Simiand y Robert Hertz, Halbwachs forma parte del *Grupo de Estudios Socialistas* (GES), con el que colabora Henri Sellier, quien desempeñaría después un papel esencial en la institucionalización del «urbanismo».

A instancias del GES nacen en 1908 *Les Cahiers du socialisme* —a la manera de los *Fabian Tracts* en que se miran— con la pretensión de plantear con «*espíritu positivo las cuestiones que interesan a la propaganda y a la acción socialista*» (TOPALOV, 1997b: 130). En esos cuadernos, al igual que ocurre en *l'Humanité* de Jaurès y en la *Revue Socialiste*, se desgrana poco a poco el programa municipal de la Federación del Sena del Partido Socialista, particularmente en lo relativo a las cuestiones de suelo, vivienda social (HBM), alquileres, higiene pública, administración municipal, expropiaciones y espacios libres. No hay que perder de vista que en 1908 el contexto local resultó particularmente importante para el socialismo francés: se trataba de un momento en que se manifestaba una fuerte presión social para expandir el recinto de la ciudad y se debatía el futuro de los terrenos que habían quedado libres al desafectar las fortificaciones de París. Al mismo tiempo perduraban los eternos problemas vinculados

a la ciudad industrial: los pudrideros urbanos, el hacinamiento, la insalubridad, la especulación, la carestía de vivienda, el alejamiento de la naturaleza, etc. Era este el momento en que higienistas, reformadores sociales, municipalistas, socialistas y miembros de la Sección de Higiene Urbana y Rural del Museo Social planteaban la necesidad de poner en marcha las reformas sociales y urbanas que la ciudad demandaba desde hace tiempo. El *Grupo de Estudios Socialistas* alimentaba el debate con las propuestas de A. Thomas relativas a los espacios libres y las fortificaciones; con los proyectos de Henri Sellier sobre las ciudades-jardín en la periferia; y con el análisis de Halbwachs sobre el problema del suelo y el alquiler de la vivienda.

Entre 1908 y 1912 Halbwachs elabora diferentes escritos<sup>16</sup> sobre estos temas, entre los que sobresale sin duda «*La politique foncière des municipalités*» (1908). En este trabajo plantea la necesidad de que la reforma urbana y social sea global, asumida por el poder público local (socialista). Y para afrontar con garantías una ordenación urbana racional y justa, Halbwachs considera que la administración municipal debe apoyarse en ese «*difícil arte embrionario que es la construcción de las ciudades*» (conocido después como «urbanismo»).

#### 4.2. Institucionalización y estatuto científico del urbanismo

No hay que dejarse confundir por los imprecisos términos que emplea en esa fecha («arte embrionario»): ni la intervención que propugna se basa en el formalismo estético, ni es del todo cierto que la construcción de las ciudades se encuentre en una fase embrionaria. En realidad, este llamamiento a la racionalidad y a la justicia social (que se expresaría a través de una justicia espacial) entronca con un movimiento de reflexión en el ámbito europeo que, desde mediados del siglo XIX, aboga por un cambio en los objetivos y el modo de intervenir sobre la ciudad que supere el estadio de la mera concepción estética.

<sup>16</sup> «La hausse des loyers», *l'Humanité* 29 de abril de 1908: 1; «Le problème des loyers», *l'Humanité* 4 de mayo de 1908: 3; «Contre le logement cher. Le bilan des sociétés privées», *l'Humanité* 4 de abril de 1912; «Les loyers à Paris et la hausse

des prix», *l'Humanité*, 7 de abril de 1912; «La hausse des loyers et le projet Brunet. Vers la régie directe», *La Revue Socialiste*, 325, 15 de enero de 1912.

Ya en la *Teoría General de la Urbanización* (1867) de Cerdà se encuentra la primera exposición sistemática del urbanismo científico, la propuesta original de una ciencia autónoma sobre la organización espacial articulada de acuerdo al credo positivista<sup>17</sup>. De hecho, a falta de un término para ese nuevo dominio científico, Cerdà acuña el neologismo «urbanización», mucho antes de que aparezca su derivado «urbanismo»<sup>18</sup> y la materia que designa. La obra de Cerdà, también el Plan de Ensanche (1859) que elabora para Barcelona, debe situarse en una línea de propuestas de intervención urbana que postulan la primacía de la necesidad, la razón y lo útil sobre el deseo, la inspiración y la belleza; en definitiva, del urbanismo sobre la arquitectura, aun cuando las aportaciones del español en este campo sean excepcionales (la tipología de edificios de Cerdà constituye quizá el ejemplo más claro de cómo una nueva estructura urbana estimula la creación arquitectónica). Lo mismo podría decirse del plan de regularización de París (1853) diseñado por Haussmann. Si algunos aspectos de este plan han conducido a algunos autores a situarlo en la tradición de la ciudad monumental (HALL, 1996), tampoco puede negarse que el plan de Haussmann es algo más que «urbanismo de fachada». En este sentido, GRAVAGNUOLO (1998) percibe en su planteamiento un cambio en el modo de pensar la ciudad (no tanto en lo dimensional como en lo conceptual), visible en la atención otorgada a la red de infraestructuras y la articulación del sistema urbano sobre la lógica del *embellissement*. En la misma órbita habría que situar, entre otros, el plan regulador de Berlín (1862) de Hobrecht y, más tarde, el plan de Wagner para Viena (1892), planes que insisten en que las intervenciones sobre la gran ciudad deben

guiarse por los principios de atemporalidad y extendibilidad, dentro de una concepción funcional del sistema urbano (GRAVAGNUOLO, 1998; SÁNCHEZ DE MADARIAGA, 1999)

A finales del siglo XIX, se hizo evidente que el urbanismo estrictamente compositivo era ya un horizonte muy estrecho ante el crecimiento de unas ciudades que, como en el aguafuerte de George Cruickshank, *London going out of Town or The March of Bricks and Morter* (1827), se salían fuera de sí (TOYNBEE, 1973) Claro que las propuestas esteticistas de intervención urbana coexistieron hasta bien entrado el siglo XX con las concepciones racionalistas, pero muy pronto se puso de manifiesto la incapacidad de tradición «compositiva» para enfrentar el fenómeno de la urbanización desde una perspectiva de conjunto. En unos casos, el peso de las consideraciones formales sesgaba las posibilidades de actuación global; en otros, su orientación y sus intenciones se veían superadas por la rapidez del crecimiento urbano, lo que impedía generalmente elaborar proyectos ambiciosos más o menos perdurables. Sin descartar la viabilidad ni la oportunidad de un tratamiento formal en determinados sectores de la ciudad, o incluso la búsqueda de una imagen global del conjunto —como sucede aún en el plan Burnham (1909) para Chicago—, lo cierto es que el nuevo agregado urbano surgido de la industrialización capitalista requería un nuevo tratamiento. Más riguroso, en primer lugar, fiel a las aportaciones del conocimiento científico-técnico. En segundo lugar, más complejo, atento a objetivos tales como la cuestión social, el problema de la vivienda popular, la higiene pública, la salubridad de los entornos residenciales y de trabajo, los medios y vías de transporte y comunicación, etc. Y, en tercer lugar, reivindicativo del control público de una ciudad cuyo

<sup>17</sup> El reconocimiento de una relación entre el contenido social y el continente espacial adopta en Cerdà la forma de un planteamiento transdisciplinar del urbanismo, incorporando análisis jurídicos, estadísticos, económicos y sociales al estudio técnico (arquitectura e ingeniería). Cfr. GARCÍA-BELLIDO (1994).

<sup>18</sup> El término «urbanización» ha pasado a designar sólo el proceso de transformación y crecimiento urbano, imponiéndose poco a poco el uso de «urbanismo». En Francia, Gaston Bardet sitúa el nacimiento del vocablo «urbanisme» en 1910 en un escrito de Pierre Clerget en el *Bulletin de la Société Géographique de Neuchâtel*. H. Prost, en cambio, afirma que su invención data de 1912 en una reunión en la que él mismo y Léon Jaussely (concedor de la obra de Cerdà) estaban

presentes. Curiosamente, JAUSSELY, en «Chronique de l'urbanisme» (*La vie urbaine*, 1-2, 1919) remite su nacimiento al texto de Clerget de 1910. Durante algún tiempo el término «urbanisme» convive con otras expresiones, como la de «arte urbano», ya en la línea de la tradición de la École de Beaux Arts, ya como inercia de la obra de Sitte (*Der Städtebau nach seinen künstlerischen Grundsätzen*), traducida en 1902 por Camille Martin como *L'art de bâtir les villes* (los términos que emplea Halbwachs). En el programa de *La vie urbaine* (1, 1919) se hacen equivalentes los términos «arte cívico» o «público» y urbanismo («une grande place est réservée dans son programme aux matières dites d'art public ou d'urbanisme —plans de villes, espaces libres, habitation, hygiène, etc.—» (cfr. URBANISME, 2000: 94; también CHOAY, 1983; FREY, 1999).

crecimiento venía siendo presidido por la lógica liberal del beneficio privado. La emergencia de un fenómeno de dimensiones y funciones desconocidas hasta el momento, la metrópoli —«la más moderna entre las cosas modernas», como declara Wagner en *Moderne Architektur* (1895)—, impulsaría un esfuerzo colectivo tendente a articular herramientas de ordenación urbana eficaces, al tiempo que conscientes de las nuevas necesidades.

En lo relativo a la defensa de un control público del urbanismo, este esfuerzo se observó en el hecho de que las administraciones de las grandes ciudades y capitales europeas (Londres, Berlín, Madrid, Viena, Barcelona o París, etc.) incrementaran progresivamente la burocracia destinada a la gestión y planificación urbana. También se advierte en la sucesión de medidas legislativas referentes a la vivienda social, a la salubridad pública y, especialmente, a la obligatoriedad de iniciar planes de ordenación cada vez más ambiciosos. Con estas y otras medidas se perseguía recuperar el control sobre el crecimiento urbano, dotar de consistencia y unidad funcional a los nuevos agregados formados por la anexión (de hecho o por derecho) de comunidades aledañas.

En el plano de las ideas, este movimiento colectivo se tradujo en el mundo occidental en sucesivos concursos y exposiciones; en la formación de asociaciones y plataformas de discusión —nacionales e internacionales— que apelaban al estatuto científico y multidisciplinar del urbanismo. Destacan en un primer momento los movimientos de reforma urbana surgidos en Gran Bretaña (*Garden-City Association, Housing Reform Movement*), que se alimentan con las propuestas de higienistas, reformadores sociales, arquitectos e intelectuales (Booth, Howard, Geddes, Unwin, Abercrombie, etc.) La enseñanza oficial del urbanismo en la *School of Civic Design* de la Universidad de Liverpool (1909) parece la consecuencia lógica de la importancia que se le reconoce al fenómeno de la urbanización. Y lo mismo sucede en los países que se van incorporando a la industrialización y con ella, a la

urbanización. En Alemania, cuya red urbana es con mucho la más tupida de todo el continente y con un Berlín desbocado, surgen asociaciones como la *Verein für Socialpolitik* (1872); la *National Soziale Verein* (1896); la *Deutsche Gartenstadtgesellschaft* (1902) y la *Deutsche Werkbund* (1907), entre otras, que fomentan el debate sobre la realidad metropolitana. Un debate que no se plantea únicamente desde una concepción técnica, sino que atiende también a los procesos de racionalización, concentración de estructuras productivas y financieras, división del trabajo, extensión territorial y transformación de la vida social característicos del fenómeno (JONAS, 1995: 19-35) Así, las contribuciones de la ingeniería y la arquitectura (Baumeister, Stübgen, Eberstadt, Behrens, etc.) se enriquecen con aportaciones de la historia, la geografía social (Raztel) o de la sociología (Weber, Sombart, Simmel y Tönnies)<sup>19</sup>.

En Francia —por regresar al entorno inmediato de Halbwachs— ocurre otro tanto. Allí la *Association générale des hygienistes et techniciens municipaux*, (AGHTM, 1905); el filantrópico *Musée Social* (Sección Higiene urbana y rural, 1907); la *Union des Villes et Communes de France*; la *Association des Cités-jardin*; y desde 1911 la activa *Société française des architectes-urbanistes* —transformada siete años más adelante en *Société française des urbanistes* (SFU)<sup>20</sup>— enmarcan el debate sobre la intervención en la ciudad moderna. Sus esfuerzos culminarán en la creación del Instituto de Urbanismo (1924) adscrito a la Universidad de París, que se erige como garante y promotor del estudio de esa nueva ciencia que, a decir de la SFU, «se denomina urbana y (...) versa sobre la ordenación, reforma, sistematización y ensanche de la ciudad» (FOLIN, 1976: 153)

Por toda Europa se editan libros y revistas de urbanismo (SICA, 1981: 79-81): *La Ciudad Lineal* (1897) de Arturo Soria es la primera de ellas, y le siguen *Der Städtebau* (1904), de Sitte y Goecke; *Garden Cities* (1904) y *Town Planning Review* (1910); *Cité-jardin* (1912), *La vie urbaine* (1919). Años más tarde aparecen *L'Architecture d'Aujourd'hui* (1931),

<sup>19</sup> Muchos de estos sociólogos participan en estas plataformas de discusión y en los movimientos de reforma urbana. El famoso ensayo de Simmel («Die Großstädte und das Geistesleben», 1903) se publica con la ocasión de la exposición de ciudades de Leipzig (1903). Sobre los argumentos que proporcionan al debate véase la obra de JONAS (1995).

<sup>20</sup> La SFU (presidida por Eugèn Henard, que percibió desde muy pronto la necesidad de iniciar planes regionales para afrontar la ordenación territorial) contaba entre sus filas con otros grandes urbanistas como Poëte, Prost, Hébrard, Jaussely, Hériot, Sellier, etc. Halbwachs se hará eco de sus propuestas en una breve reseña para *L'Année* (1925) a raíz de la celebración del I Congreso de Urbanismo de Francia celebrado en Estrasburgo (1923).

ligada a los planteamientos modernos de los CIAM, y *Urbanisme* (1932)

### 4.3. La concepción multidisciplinar del urbanismo en *La vie urbaine*

La revisión del medio social e intelectual en que Halbwachs elaboró y publicó su trabajo nos sitúan en la perspectiva adecuada para comprender las intenciones de nuestro autor y valorar la importancia de su trabajo.

Para empezar, «*Les plans d'extension de Paris avant le siècle XIX*» se publica en *La vie urbaine*, la primera revista francesa que asume desde una óptica más evolutiva que radical la necesidad de enfrentar el fenómeno de la urbanización y su planificación racional y pública. La revista había nacido en la primavera de 1919<sup>21</sup> gracias al apoyo de la comisión administrativa del Instituto de Historia, Geografía y Economía Urbanas de París (de hecho será su órgano portavoz durante un tiempo, antes de serlo del Instituto de Urbanismo en que se transforma). Inicialmente dirigida por Bonnier y Poëte (directores de los informes de la Comisión de ensanche de París), pasó a partir del cuarto número a las manos de Henri Sellier, que desde el Consejo General del Sena se erigiría como el gran promotor de los estudios de urbanismo (*École des Hautes Études Urbaines*). El programa de *La vie urbaine* apostaba por una concepción multidisciplinar del urbanismo, y en este sentido estimulaba el debate entre profesionales de diferente formación. Así, entre sus colaboradores se cuentan Patrick Abrecrombie (*The Town Planning Review*), Jaussely (SFU), Alfred Agache (Museo Social-SFU), Henri Prost (SFU), y Maurice Halbwachs. De un modo muy especial la revista se abre a las aportaciones de las ciencias sociales. «*La historia —dice el programa— permite dar cuenta del estado del organismo en el pasado, la geografía nos muestra sus vínculos con la superficie*

*terrestre de la que extrae su existencia, y por último, los hechos económicos nos la presentan en su funcionamiento cotidiano. La unión de estas tres ciencias, de cara al conocimiento y explicación de los fenómenos urbanos, es la base de la concepción de esta revista. Gracias a esta ligazón, la ciudad que se extiende ante nuestros ojos encuentra su significación al mismo tiempo que una orientación hacia el futuro»* (cfr. URBANISME, 2000: 94). En su opinión, esta concepción multidisciplinar debe proporcionar las claves de comprensión previas a la actuación sobre la aglomeración urbana. Se trata de un planteamiento típico del urbanismo moderno que tiene en la secuencia «*información, análisis, plan*» (Geddes) la formulación más sencilla de su cauce metodológico.

Además, el artículo de Halbwachs se publicó en una fecha señalada: 1920, es decir, inmediatamente después del concurso convocado para la realización del plan regulador del Gran París. Los objetivos establecidos para este proyecto de ordenación superaban con creces los horizontes de una dialéctica de las formas. Más ambiciosa, la pretensión era intervenir globalmente en el tejido interno de la ciudad; acondicionar y conectar éste con los crecimientos periféricos; ordenar los servicios urbanos y las infraestructuras; y, por último, dotar de una unidad al conjunto metropolitano. Este planteamiento y el concurso en sí mismo son inconcebibles sin la ley Cornudet del 14 de marzo de 1919<sup>22</sup>, reformada y ampliada con la ley de 10 de julio de 1924, que responde claramente a las preocupaciones de los higienistas del Museo Social. Con la ley de 1919 se pretende dar respuesta a nuevas y viejas demandas: la descentralización eficiente, las urgencias que la guerra no ha hecho sino acentuar (escasez de viviendas, problemas de articulación espacial entre sectores, insalubridad de los *ilots* de los centros urbanos, etc.) y las preocupaciones de

<sup>21</sup> En realidad, su nacimiento se aprueba por deliberación del Consejo Municipal de fecha 26 de diciembre de 1916. En principio es bimensual (hasta 1939) y durante un corto periodo de tiempo se completa cada quince días con un fascículo a parte (*La Quinzaine urbaine*) relativo a la notificación de eventos (exposiciones, concursos, congresos...) y reseñas bibliográficas. Tras una larga ausencia, la revista reapareció en 1950 con el apoyo del CNRS, con tirada trimestral, hasta que desaparece definitivamente en 1978 (cfr. URBANISME, 2000: 94).

<sup>22</sup> Es la primera legislación urbanística *stricto sensu* de Francia, comparable según HALBWACHS (1928: 272) a la *Town Planning act* británica de 1900. De esta ley francesa deriva la obligación de redactar planes de ordenación municipal (*plans d'aménagement, d'embellissement et d'extension*) para los municipios de cierta entidad. Con anterioridad, los textos legislativos y reglamentarios relativos a las cuestiones de organización urbana entran tangencialmente mediante los reglamentos de viario e higiene pública. (MERLIN & al., 1986).

amplios sectores de la sociedad francesa (reformistas, socialistas, vanguardias, sindicatos, industriales, etc.) para eludir la escasa operatividad de los *grands travaux* en la solución de los problemas urbanos de su tiempo, un tiempo diferente.

Este contexto intelectual y social de reforma urbana es la ocasión para que el sociólogo se encuentre con el urbanista. Al margen de formulaciones más o menos generalistas, la sociología proporciona condicionantes sobre la naturaleza y los condicionantes de la dinámica urbana, relacionando los procesos sociales que tienen lugar en la ciudad con la forma material que asume ésta, y viceversa. En esta línea de interpretación se inscriben los estudios morfológicos de Halbwachs, que a partir de las series estadísticas que construye y la relación de variables e indicadores que desarrolla, ofrecen junto a sus tesis vectores analíticos de gran interés para el examen del crecimiento urbano: los saltos e incoherencias en su evolución, los procesos de densificación y terciarización de los sectores urbanos, la acción de los especuladores, etc. Como hemos dicho, no es ni mucho menos la única aportación de la sociología al urbanismo en ese momento. Ahí están también los «*sociological surveys*» propuestos por la escuela de Edimburgo reunida en torno a Geddes; y en Francia, los trabajos de los leplaisianos del Museo Social. Pero si éstos adoptan en general una orientación práctica<sup>23</sup>, muy volcada a la planificación, en el planteamiento de Halbwachs predomina una reflexión teórica donde la ciudad y su crecimiento (planificado o espontáneo) son objeto de reflexión. En ese sentido, aunque de la propuesta de Halbwachs puedan extraerse hallazgos útiles para la ordenación urbana, no es posible derivar directamente una instrumentación de la sociología como técnica auxiliar de dicha ordenación. Si en su perspectiva hay una sociología *para* la planificación urbana, lo que sobre todo existe es una sociología *de* la planificación urbana.

<sup>23</sup> Por las mismas fechas en que Halbwachs lleva a cabo su reflexión crítica sobre la planificación urbana, el leplaisiano Georges Hottenger, que participa en la reforma de Nancy, define un camino por el cual la sociología, cuyos problemas de institucionalización y formalización le son más bien ajenos, se

## 5. EL CRECIMIENTO URBANO, ENTRE LA VOLUNTAD Y LA NECESIDAD

Así se manifiesta en «*Les plans d'extension de Paris avant le siècle XIX*». Halbwachs pretende buscar indicaciones válidas sobre la naturaleza social del crecimiento urbano tomando como referencia el *Aperçu historique* (1913) de Poëte y Bonnier, donde se ofrecían las líneas de expansión de la ciudad a lo largo del tiempo, los proyectos y tentativas desplegados para conformar el desarrollo urbano de París. En consecuencia con los postulados y la dirección emprendida en *Les expropriations*, Halbwachs cuestiona en este artículo las interpretaciones subjetivistas del desarrollo urbano: frente a quienes sostienen que la grandeza y estructura de una ciudad es el resultado fiel de uno o varios planes concebidos de antemano, programados y efectuados con precisión, Halbwachs se muestra partidario de hacer recaer esa responsabilidad en un conglomerado de tendencias sociales autónomas. Es una tesis polémica, pero a la luz de sus investigaciones no parece descabellada.

El examen del *Aperçu* muestra a Halbwachs que desde mediados del siglo XVI hasta los tiempos de Luis Napoleón siempre existió entre las autoridades una clara preocupación por contener el crecimiento de la ciudad, con mayor o menor intensidad. Edictos de soberanos y ordenanzas de la municipalidad se suceden para limitar el avance de la ciudad, y con ello, las consecuencias que podrían derivarse de su expansión: problemas de seguridad e higiene; de orden social y económico de la *cit *, órgano corporativo; de satisfacción de las necesidades materiales de la población; de equilibrio territorial entre París y su alfoz, etc. Ciertamente es que, en el curso de la historia de París, hubo alguna medida excepcional que operó en sentido opuesto, fomentando el crecimiento urbano en vez de frenarlo. Pero cuando así sucedió, la incorporación y anexión de suburbios del extrarradio parecía responder más al deseo de incrementar el volumen de prestaciones y la fiscalidad de la

convierte en conocimiento técnico al servicio de la planificación urbana y la reforma social (KALAORA, 1992). Lo mismo podría decirse de Geddes, si bien en su caso hay también una evaluación crítica y una propuesta de planificación territorial.

*cité*, que a la convicción de iniciar una fase de crecimiento controlado.

Ahora bien, la misma sucesión de normativas y edictos para frenar el avance de la ciudad pone de manifiesto que las medidas adoptadas resultaron inútiles. Cada intento de control (de residencia, construcciones y actividades) fue inmediatamente desobedecido o simplemente ignorado por la población, de modo que al final se terminaba sancionando por derecho el avance que se había experimentado de hecho. Halbwachs deduce de los informes de la *Comision d'extension* que la voluntad de contención que predominó en casi todas las épocas fue infructuosa ya que la ciudad desbordó continuamente su perímetro y las barreras resultaron al cabo «*demasiado artificiales para resistir durante largo tiempo*». Ajena a las causas reales que explican la atracción y el crecimiento de la ciudad, la autoridad se muestra impotente para evitar la continua expansión del recinto. Pero no se da por vencida y de nuevo vemos cómo en 1859 el Ministerio del Interior propone limitar la extensión de la ciudad y «*establecer más allá de las fortificaciones una zona de exclusión de 250 metros inaccesible a las construcciones privadas*» (HALBWACHS [1920], 1976: 206). La clarividencia del ministro Delangle no tiene igual: esta vez el crecimiento de la población supera todos los cálculos:

«De 1861 a 1872 la población de París crece en un 9%; y en el departamento del Sena, sin contar París, el crecimiento es del orden de un 44%. Si consideramos los ayuntamientos limítrofes al noroeste con París encontramos que Boulogne crece un 36% de 1861 a 1872, y un 86% de 1861 a 1881; Levallois-Perret, en un 22% de 1866 a 1872 y en un 127% de 1866 a 1881 [etc.]» (HALBWACHS [1920], 1976: 206).

¿Qué concluir ante todo esto? Halbwachs es consciente de que en ausencia de toda reglamentación e impedimento, posiblemente la ciudad hubiera expandido todavía más su superficie y el número de las viviendas. Puede decirse entonces que las medidas adoptadas actuaron hasta cierto punto, pero eso no evita la impresión de un curso vacilante en el que la autoridad, incapaz de comprender la naturaleza dinámica y compleja de la ciudad, no logra afirmar su voluntad. Pretendiendo amoldar ésta al ideal clásico de la *cité* —«*concebida como una obra de arte, un conjunto de monumentos y un*

*jardín, cuyas proporciones deben ser respetadas*» (HALBWACHS [1920] 1976: 207), se ignoró tanto la evolución general de la que participaba la ciudad, como las fuerzas de expansión de la población, e incluso el mismo papel de París en calidad de capital de la nación.

Se demuestra así que el poder ha resultado impotente para frenar el desarrollo urbano, pero queda por saber si ha sido al menos capaz de dirigirlo en la dirección deseada. A título de contraprueba, Halbwachs busca indicios que permitan verificar una influencia positiva de esas voluntades en la configuración de la estructura urbana. Sin embargo, tras remontarse mediante el *Aperçu* al cómo y cuándo de los proyectos y las realidades —barrio por barrio, calle por calle, plaza por plaza—, nada le invita a considerar verosímil esta hipótesis. Naturalmente, por cuestiones de método, Halbwachs elude los pequeños proyectos de recalificación del tejido urbano que sólo afectan a un pequeño sector, pero ¿qué decir de los proyectos globales?

«la existencia de un plan, incluso general, que se ejecuta inmediatamente, no prueba que los nuevos trazados procedan de ideas o concepciones individuales, porque el plan sólo puede aparecer, bajo una forma detallada y acabada, una vez que se impone la necesidad de las transformaciones que prefigura.» (HALBWACHS, 1920: 208)

Examinando el plan de Bullet-Blondel de 1675 —un plan supuestamente de conjunto que llegó a ser considerado el primero de los planes de ensanche de la ciudad, realizado nada menos que bajo los auspicios de Luis XIV— Halbwachs percibe que éste no logró encauzar coherente y efectivamente el armazón de la ciudad de acuerdo a los propósitos marcados de antemano. De hecho, el citado plan no resultó al cabo sino un plan de embellecimiento donde las necesidades básicas de interpolación y simetría prevalecieron sobre las necesidades reales de la ciudad en cuanto a circulación, residencia e higiene. Es más, puesto que éstas no habían sido ni previstas ni consideradas, la ciudad siguió desarrollándose al margen del plan: se colmaron sus vacíos, se formaron barrios y se abrieron calles allí donde nada de esto estaba contemplado. Las mismas murallas, «*concebidas como paseos exteriores, como un*

marco verde del que la ciudad jamás saldría», se convirtieron en vías de circulación y de residencia, exactamente igual que los bulevares (HALBWACHS, 1920: 211). En 1697, el Plan de N. de Fer tuvo que sancionar la realidad de este desarrollo. Pero ni uno ni otro ejercieron influencia directa alguna sobre la evolución natural de la capital.

Halbwachs pasa a revisar entonces el plan mítico de la ordenación urbana francesa (al menos antes de su sustitución por el Plan Haussmann): el que en tiempos de la Revolución propuso la autoproclamada *Comisión de los Artistas*, una de las muchas comisiones informales que surgieron bajo la Convención. En 1793, esta Comisión había pretendido dar una solución a la fragmentación de los bienes nacionales, al saneamiento y ornato de la ciudad y a su reorganización estructural. El *Plan de los Artistas* se ideó inmediatamente después de la nacionalización de los bienes del clero, la nobleza, las corporaciones suprimidas y los emigrados. Sumadas esas propiedades, los miembros de la Comisión se encontraron con una vastísima superficie sobre la que proyectar: *tabula rasa*, el sueño de cualquier proyectista. Sin embargo, tras examinar con detalle las intenciones de la Comisión, los resultados reales, la forma y ritmo con que la ciudad creció, Halbwachs advierte una vez más que el mítico plan no ejerció una influencia real en los trazados posteriores. La mayor parte de las intervenciones propuestas se quedan en meros proyectos sin realizar; y aquellos pocos que son realizados ni lo son en la forma ni en el tiempo previstos. Así ocurre, por ejemplo, en uno de los tramos de la calle Rívoli: contemplado en su plan (y parcialmente también en el de Bullet-Blondel) no se realiza sino en 1851, cuando las necesidades de circulación y de residencia se dejan sentir; y la prevista ordenación de Les Halles no se acomete hasta 1847 («por importante que fuera el problema de aprovisionamiento durante la Revolución»), esto es, cuando tiene lugar un crecimiento excepcional de la población de París, cuando así lo reclaman las *necesidades colectivas*. El *Plan de los Artistas* defrauda como proyecto global precisamente porque no responde a una concepción general de envergadura ni a los requerimientos reales de la ciudad que pretende ordenar. Prisionera del código formal del *embellissement*, impregnada de las

preocupaciones estéticas —los trazados simétricos, las plazas circulares, las avenidas paralelas—, la Comisión de los Artistas careció de una visión de conjunto sobre París, y no comprendió que la ciudad y su población, a ambos lados del Sena, «llegarían a ser un día un organismo animado de una vida común» (HALBWACHS, 1920: 220). En esta ocasión, como en tantas otras, frente a las lecturas que enfatizan la importancia de los designios voluntariosos, se hace buena la tesis de Halbwachs según la cual:

«los trazados de calles y vías, y los cambios en la estructura superficial de París se explican no por los diseños acordados de uno o varios individuos, por voluntades particulares, sino por tendencias o necesidades colectivas a las cuales constructores, arquitectos, prefectos, consejos municipales y jefes de Estado han tenido que obedecer, sin llegar a tener una conciencia muy clara de esas fuerzas sociales y en ocasiones con la ilusión de que sus propias concepciones eran su inspiración.» (HALBWACHS, 1920: 224)

Halbwachs perfila así los contornos de una crítica radical a las interpretaciones de la historiografía, tal y como ya había planteado en *Les expropriations* al hilo de los postulados de Simiand (1903). Pero lo que llama la atención aquí especialmente es que también articula una crítica a la ilusión del «arte urbano» tal como se había venido ideando: considerando la voluntad del planificador como el foco de toda determinación, como fuerza suprema directora de la ciudad y sus circunstancias. ¿No es eso precisamente lo que se ha dado en llamar la *falacia institucionalista de la planificación urbana*? «No ver más allá de la institución las fuerzas sociales que condicionan su actuación» (PICKWANCE, 1996: 128). Halbwachs se sitúa, por el contrario, en las antípodas de la concepción de un planificador omnipotente: lejos de ser exactamente el artefacto imaginado por el diseñador, sea quien fuere, la ciudad se antoja más bien una manufactura sometida a tendencias sociales inscritas en su seno, supeditada a presiones del medio colectivo que el planificador sólo a veces acierta a comprender. Donde la voluntad se reclama dueña y creadora, Halbwachs le reserva el papel de simple intérprete «de fuerzas sociales que la superan». Y si la intervención

humana es capaz de ejercer algún papel motor en los acontecimientos, no significa que lo haga en el sentido en que lo pretenden los actores. Las operaciones de ordenación, ayer como hoy, se articulan también en entramados de efectos imprevistos y no deseados.

« Los hombres que a partir de 1853 (...) procedieron a los grandes trabajos que habrían de transformar París en veinte años, pensaron y actuaron bajo la presión de fuerzas sociales que los superaban. Por supuesto, el eco de esas fuerzas debió ser de algún modo percibido por ellos, pero era un sentimiento impreciso. Y se podría decir que, en definitiva, no previeron el resultado de los nuevos planes de ordenación de la ciudad que realizaban (...). Los trazados efectuados en esa época, lejos de bastarse, pasaron a convertirse en elementos de nuevos proyectos, cambiando lentamente de carácter. Las avenidas que debían desempeñar un papel estético y ornamental sirvieron en realidad al asentamiento de la población. Las calles y bulevares concebidos en principio como vías residenciales (...) se convirtieron en arterias de una circulación intensa. Y otras veces se produjo todo lo contrario. La ciudad se ha desarrollado a partir de un movimiento espontáneo y ha utilizado a su manera y según sus fines las sucesivas formas que le han sido impuestas» (HALBWACHS, 1928: 264-268).

Se completa así un notable estudio de la determinación social del desarrollo urbano. Fiel a la máxima durkheimiana de que los hechos sociales se explican por hechos sociales, Halbwachs niega veracidad a la interpretación subjetivista del crecimiento urbano, que parece confundir la explicación intencional de los actores con la explicación causal. Las transformaciones que experimenta la ciudad resultan interpretables como el resultado de «procesos sin sujeto» (TOPALOV, 1984: 188), esto es, procesos colectivos que se imponen al grupo y al individuo, donde la voluntad del actor es tan sólo una voluntad añadida a la fuerza de las cosas.

## 6. CONCLUSIONES

Creemos estar ahora en condiciones de sintetizar los hitos fundamentales de la progresión halbwachsiana y considerar

algunas de sus consecuencias más relevantes.

1. Antes que nada, hay que dejar constancia del hecho de que el análisis de la ciudad acometido por el autor es radicalmente sociológico, pudiéndose identificar como la más precisa conceptualización del espacio social de la ciudad. Como hecho colectivo, la ciudad se le antoja inteligible desde la perspectiva de la tradición sociológica durkheimiana en la que se inscribe el autor, y que podemos caracterizar aquí como la expresada por el organicismo funcionalista y la morfología social.

De este modo, en primer lugar, y de acuerdo a la morfología social, la ciudad se percibe como una *forma socialmente producida* en virtud de la acción de las *necesidades* y las *representaciones sociales*.

En segundo lugar, cabe establecer que la gran ciudad manifiesta los caracteres de un organismo social evolucionado de acuerdo a la acción de la concentración humana y la división social del trabajo, un organismo eficaz en el cumplimiento de los requisitos funcionales de regulación y control. La metrópoli se perfila como el producto específico y necesario de una sociedad compleja y evolucionada.

2. La tesis central de la perspectiva sociológica sobre la ciudad concebida por Halbwachs se expresa en su teoría del crecimiento urbano de acuerdo a las *necesidades* y las *representaciones sociales*.

Con «necesidades sociales», Halbwachs remite a las necesidades colectivas de circulación y de residencia, auténticas fuerzas organizadoras del crecimiento de la ciudad. Con «representaciones sociales», por su parte, el autor alude al peso que la organización moral de la sociedad ejerce en la estimación del espacio urbano, de manera que el modo cómo llega a distribuirse la población sobre el territorio deviene también de una determinada organización moral, social, económica y jurídica. Es más, las representaciones colectivas pueden mediar en la expresión de las mismas necesidades. Unas y otras remiten en cualquier caso a un sujeto colectivo y a sus requerimientos funcionales o de adaptación.

3. Con esta tesis estrictamente sociológica, Halbwachs procura justificar la

pertinencia de la sociología frente a otras disciplinas en el estudio de la ciudad. Fruto de ese esfuerzo es el avance de una perspectiva de interpretación de la ciudad que abre dos vías de estudio: de un lado, perfila una sociología especial (que en ese momento es la morfología social, pero que después será una sociología urbana); de otro lado, establece una propuesta de discusión y encuentro para la sociología y el urbanismo.

4. En efecto, el interés mostrado por Halbwachs en la defensa de los intereses de la sociología no impidió que realizara interesantes aportaciones al ámbito del urbanismo, cuya vocación social es indudable desde su nacimiento. No olvidemos que Halbwachs no sólo expone sus tesis en *L'Année sociologique*; escribe también en *La vie urbaine*, conoce su programa y, dentro de los límites de sus convicciones científicas, pretende contribuir a él. Su discurso está dirigido pues a poner de relieve los condicionamientos sociológicos de la estructura y dinámica urbana, como una de las bases sobre las que debería llevarse a cabo la ordenación de las ciudades. Pese a su rigidez, la tesis halbwachsiana resulta constructiva para un urbanismo que, sobre la base de un conocimiento científico de las leyes de la evolución urbana, ha designado a la ciudad como objeto de reforma global. Como actividad teórico-reflexiva y no sólo práctica-propositiva, el urbanismo requiere el concurso de múltiples disciplinas, y la sociología puede participar en ese reto común.

5. Las tesis teóricas que constituyen la sociología de la ciudad de Halbwachs pueden ser objeto de crítica en el mismo sentido en que lo ha sido la tradición morfológica durkheimiana: a causa de la omisión en su esquema interpretativo de todo aquello relativo a la estructura social, a los conflictos de clase, y a las contiendas y la organización políticos.

En ese sentido, el papel asignado a los aspectos políticos de la ordenación urbana es muy escaso en su exposición. El autor pasó por alto las dimensiones político-ideológicas asociadas a ciertas operaciones de ordenación urbana que apenas logran disimular la lógica de clase y de dominación política que las impulsa. Con ello Halbwachs ignora una de las fuerzas que convergen en la heterodirección del planificador y del ciudadano. Las relaciones de poder forman

parte de esa estructura socioeconómica que condiciona y explica a su vez la estructura morfológica de las ciudades. De ahí que su interpretación sobre la intervención haussmanniana contraste vivamente con la exposición de quienes, a partir de las anotaciones de Marx y Engels, han visto en ella un intento premeditado para construir una ciudad a propósito de los intereses, necesidades y deseos de la burguesía, base social de la dominación bonapartista. En sus *Iluminaciones II*, Walter Benjamin (1939) recuerda que los paisajes parisinos de Haussmann eran tildados entre sus contemporáneos como el «embellecimiento estratégico».

Sorprende más ese descuido por cuanto en posteriores investigaciones Halbwachs estima que las agrupaciones económicas, religiosas y políticas conforman a su vez una morfología particular en el espacio en que actúan (HALBWACHS, 1938); y no es menos paradójico que el mismo autor que aparta lo político en su teoría sociológica de la ciudad, no vacile en sus escritos políticos (como socialista normaliano) en vincular planificación y política urbana.

6. Es también destacable que la articulación de la sociología de la ciudad concebida por Halbwachs suponía una crítica a la planificación urbana tal como ésta se había desarrollado hasta entonces: ajena a la ciudad en tanto que socialmente producida. Pero en ningún momento niega la pertinencia de elaborar planes de ordenación. Así, al final de *Les expropriations* y de nuevo en *La population et le tracé des voies à Paris depuis un siècle* (1928) afirma:

«No discutimos, sin embargo, la utilidad de esos planes de ordenación. Muy al contrario. Puesto que la experiencia ha mostrado que algunas partes de la periferia han de ser incorporadas a la ciudad, resulta más adecuado, dados los costes económicos de los trabajos y con el fin de asegurar (...) una adaptación exacta, realizar una incorporación rigurosa. Por lo demás, hay que obtener provecho de que en torno a la ciudad se encuentren terrenos no construidos, de tal modo que se pueda llevar a cabo un ordenamiento de instalaciones de interés general. En consecuencia, el error no consiste en redactar esos planes sino en pretender determinarlos de una forma muy detallada». (HALBWACHS, 1928: 272-273)

La planificación defendida por el autor debería proceder de acuerdo al rigor metódico de las ciencias positivas y atender a la ciudad como producto y proceso social. La mera voluntad organizadora debería ser sustituida por un conocimiento de las leyes y principios que modelan el espacio urbano. De ese modo, la planificación de la ciudad vendría a ser un dispositivo de intervención social por el que la sociedad trataría de regularse en el espacio. Y a una planificación semejante, como expresión del conocimiento aplicado y del interés general, se le podría otorgar la capacidad para proponer con amplitud las soluciones más acordes con la estructura social-urbana en la que interviene.

7. Por último, es importante considerar que a la luz de la teoría halbwachiana la labor planificadora quedaba comprometida. Al afirmar la autonomía de las fuerzas que rigen el crecimiento urbano, Halbwachs situó a la planificación urbana ante una especie de paradoja pragmática: ¿cómo dirigir una obra

que es autónoma? ¿Cómo no sospechar la sujeción de la ordenación de la ciudad a las mismas pautas de desarrollo del organismo social que pretendía intervenir? La defensa de una planificación urbana sociológicamente fundamentada intentó resolver el problema, pero en ningún caso lo consiguió. En esto, como en otras dimensiones de su obra, Halbwachs cargó con los deslices y las contradicciones de la tradición durkheimiana, atrapada entre la convicción de la supremacía de los hechos colectivos sobre la voluntad individual y una marcada vocación científico-progresista que les impelía a controlar científicamente el desarrollo de los fenómenos sociales. La insistencia en una ciencia supuestamente inmaculada, aparentemente ajena al torbellino social, no resultó al cabo más que un disfraz cientificista incapaz de salvar la contradicción entre el supuesto del primado del organismo social (plano ontológico) y la confianza (de orden epistemológico) en la voluntad humana.

## BIBLIOGRAFÍA

- AMIOT, M. (1986): *Contre l'état, les sociologues*, Ed. de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, París.
- AUGÉ, M. (1998): *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*, Gedisa, Barcelona.
- BENEVOLO, L. (1963): *Le origini dell'urbanistica moderna*, Gius, Laterza & Figli Spa, Roma-Bari (tr. esp. FLOREAL Mazia, *Orígenes del urbanismo moderno*, Celeste, 1992, Madrid).
- BOYER, C. (1994): *The City of Collective Memory: its Imaginary and Architectural Entertainment*, MIT Press, Cambridge.
- CAPEL, H. (1984): *Geografía y ciencias sociales. Una perspectiva histórica*, Montesinos, Barcelona.
- CHOAY, F. (1983): «Pensées sur la ville, arts de la ville» en G. DUBY (dir.), *Histoire de la France urbaine. La ville de l'âge industriel*, (t. IV), Seuil, 1983: 159-274, París.
- CHOMBART DE LAUWE, P. H. & alii (1952): *Paris et l'agglomération parisienne* (vol. I): *L'Espace social dans une grande cité*, PUF, París.
- DUNCAN, O. D. & H. P. PAUFTZ, (1960): «Translator's Preface», en Halbwachs, M., *Population and Society. Introduction to Social Morphology*, The Free Press of Glencoe, Illinois.
- DURKHEIM, E. (1895): *Las reglas del método sociológico*, Ediciones Morata, 1984 (4ª ed. de la 18ª francesa), Madrid.
- FIJALKOV, Y. (2001): *Sociologie de la ville*, Repères, París.
- FOLIN, M. (1972), *La ciudad del capital y otros escritos*, Gustavo Gili, 1976, Barcelona.
- FREY, J.P. (1999), «Généalogie du mot 'urbanisme'», *Urbanisme*, n° 304: 63-71.
- GARCÍA-BELLIDO, J (1994): «Inicios del lenguaje de la disciplina urbanística en Europa y difusión internacional de la 'urbanización' de Cerdà», en VV.AA., *Tiempo y espacio en el arte. Homenaje al profesor Antonio Bonet*, Madrid: Ed. Complutense: 1103 y ss.
- GEDDES, P. (1915): *Ciudades en evolución*, Infinito, 1960, Buenos Aires.
- GRAVAGNUOLO, B. (1998): *Historia del urbanismo en Europa (1750-1960)*, Akal, Madrid.
- HALBWACHS, M. (1905): «La ville capitaliste d'après Sombart», *Revue d'économie politique*, 19: 737-747.
- (1908): «La politique foncière des municipalités» en *Les Cahiers du Socialisme*, Librairie du Parti Socialiste, París, 1908, en HALBWACHS, *Classes Sociales et Morphologie*, Ed. du Minuit, 1976: 177-198, París.
- (1909a): *Les expropriations et le prix des terrains à Paris (1860-1900)*. Éd. Corneily.
- (1909b): «Les expropriations et le prix des terrains à Paris (1860-1900)», *L'Année sociologique*, (1906-1909): 655-658 y 770-773.
- (1913): *La classe ouvrière et les niveaux de vie. Recherches sur la hiérarchie des besoins dans les sociétés industrielles contemporaines*, F. Alcan, París.

- (1920): «Les plans d'extension de Paris avant le siècle XIX», *La vie urbaine*, 2 (1920), en HALBWACHS (1976): 199-224.
- (1928): *La population et le tracé des voies à Paris depuis un siècle*, PUF, París.
- (1933): «La croissance du Paris moderne: volontés individuelles ou besoins collectifs?», *Annales d'histoire*, 5: 594-597.
- (1938a): *Analyse des mobiles dominants qui orientent l'activité des individus dans la vie sociale* (1938), París: Librairie du Recueil Sirey. (Trad. esp. Max AUB, *Las clases sociales*, FCE, 1950), México.
- (1938b): *La Morphologie Sociale*, Colin (reed. 1970), París.
- HALL, P. (1996), *Ciudades del mañana*, Ediciones del Serbal, Barcelona.
- JAISSON, M. (1999): «Temps et espace chez M. Halbwachs (1925-1945)», *RHSH*, 1: 163-178.
- JONAS, S. (1995): «La Grozstadt-Métropole européenne dans la sociologie des pères fondateurs allemands» en J. REMY, *Georg Simmel. Ville et Modernité*, París: Harmattan, 1995: 19-35.
- (1997): «La morphologie sociale», en DE MONTLIBERT, *op. cit.*, 1997: 21-29.
- KALAORA, G. (1992): «Georges Hottenger et les débuts de la sociologie urbaine», *Communicatio*, n° 54: 77-88.
- LEAL, J. & J. RIOS, (1988): *Los espacios colectivos en la ciudad*, MOPU, Madrid.
- LEPETIT, B. & PUMAIN, D. (1993): *Temporalités urbaines*, Economica, París.
- MERLIN, P. & CHOAY, F. (1986): *Dictionnaire de l'urbanisme et de l'aménagement*, PUF, París.
- MONTLIBERT, C. DE (1997): *Maurice Halbwachs (1877-1945)*, Presses Universitaires de Strasbourg, Strasbourg.
- NAMER, G. (1997): «Halbwachs» en DE MONTLIBERT, *op. cit.*: 11-16.
- PFEFFERKON, R. (1997): «Halbwachs et la économie politique», en DE MONTLIBERT, *op. cit.*: 31-46.
- PICKWANCE, C. (1996): «Teorías sobre planificación urbana», en S. GINER & A. ALABART & S. GARCÍA, *Clase, poder y ciudadanía*, Madrid: Siglo XXI: 123-142.
- PIZZA, A. (1998): *Londres-París. Teoría, arte y arquitectura en la ciudad moderna* (1841-1909), vol. I, UPC, Barcelona.
- RICOEUR, P. (1998): «Architecture et narrativité», *Urbanisme*, 303: 44-51.
- ROCH, F. (2000): «Ciudad histórica, espacio social y procesos inmobiliarios» en VV.AA., *Ciudad, territorio y patrimonio. Materiales de investigación*, Valladolid: Instituto Universitario de Urbanística: 167-193.
- ROSSI, A. (1971): *La arquitectura de la ciudad*, 1982, Gustavo Gili (8ª ed), Barcelona.
- SÁNCHEZ DE MADARIAGA, I. (1999): *Introducción al urbanismo. Conceptos y métodos de la planificación urbana*, Alianza Ed., Madrid.
- SICA, P. (1981), *Historia del urbanismo*, vol. III, IEAL, 1986, Madrid.
- TERÁN TROYANO, F. DE (2003): «Resurgam: Invocación para recuperar el urbanismo y continuar el planeamiento», en H. CAPEL (coord.), *Ciudades, arquitectura y espacio urbano*, Mediterráneo Económico (3), Instituto Cajamar: 241-266, Almería.
- TOPALOV, C. (1984): *Ganancias y rentas urbanas*, Siglo XXI, Madrid.
- (1997a): «Maurice Halbwachs et les villes (1908-1912). Un enquête d'histoire sociales des sciences sociales», *Annales HSS*, sep.-oct. 1997, n° 5: 1057-1083.
- (1997b): « Maurice Halbwachs, photographe des taudis parisiens (1908)», *Genèses* 28: 128-145.
- TOYNBEE, A. (1973), *Ciudades en marcha*, Emecé-Alianza Ed., Madrid.
- URBANISME, (2000) «*La vie urbaine*, Programme» (1919), Sección «Archives de l'urbanisme contemporain», *Urbanisme*, n° 331: 93-94.